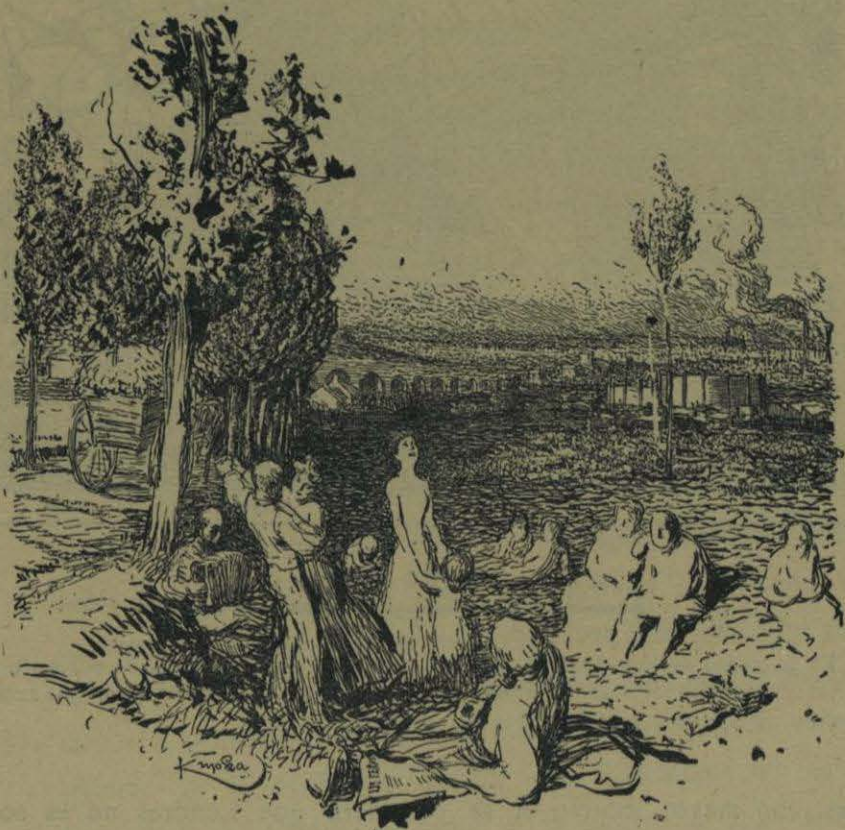


del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis ó en la embocadura del Hudson, ó en cualquier otro lugar de atracción, no sería imposible, y hasta hemos de prepararnos á esta idea como á la de un fenómeno normal de la vida de las sociedades. El crecimiento de los grandes núcleos de atracción no se detendrá hasta la época en que se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios; pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más en ese incesante cambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede compararse al vaivén de la sangre en el cuerpo humano. Es indudable que el nuevo funcionamiento dará origen á nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, habrán de renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social.



LATINOS Y GERMANOS

La Historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

CAPÍTULO III

VANIDADES NACIONALES. — LATINOS. — ORIENTE MEDITERRÁNEO.

EL HOMBRE ENFERMO. — GRECIA. — ITALIA.

PENÍNSULA IBÉRICA.

FRANCIA: SUS COLONIAS, EL PROCESO DREYFUS, PARÍS Y LA PROVINCIA.

OLIGANTROPÍA. — ÁFRICA MENOR. — MARRUECOS Y SÁHARA.

ALEMANIA: SUS DEFENSAS MARÍTIMAS, LA NAVEGACIÓN INTERIOR.

AUSTRIA-HUNGRÍA. — BÉLGICA. — HOLANDA. — ESCANDINAVIA.

A sí como el individuo, en su pasión instintiva de durar á todo trance, rechaza la idea de la muerte y suscita en su imaginación el sueño de la inmortalidad personal, las naciones tampoco quieren admitir que puedan desaparecer: los cambios inevitables, revoluciones y catástrofes, quieren que respeten su existencia. No sólo querrían las naciones continuar viviendo, sino que pretenden tener la primacía, si no en todo, á lo menos en algo que las clasifique en la primera categoría. Suele aceptarse irónica-

mente que Francia se califique á sí misma de «Gran Nación», pero ¿cuál de sus vecinas ó rivales lejanas no se considera como merecedora de ese título? La Gran Bretaña, dominadora de los mares, ¿no rodea el mundo con un círculo de colonias, de las cuales una ó varias á la vez están siempre iluminadas por el sol en el zenit? ¿No se alaba la «Anglo-Sajonia» trasatlántica de ser entre las naciones la más audaz é ingeniosa y la más apta para los descubrimientos y para el progreso? ¿No se considera Alemania la primera por la potencia de su genio y por la amplitud de sus pensamientos? «Santa Rusia» se intitula la gran devoradora de reinos y de imperios, la heredera universal de todos los Estados del Mundo Antiguo. La China es la gran abuela, la nación inmortal, y el Japón, el imperio del «Sol Naciente», se ha dado por carrera la inmensidad de los tiempos. Lo mismo sucede con las naciones que se envanecen sobre todo de su pasado, porque reconocen que no son las primeras en lo presente. Grecia se enorgullece de ser el país de Platón y de Aristóteles, de Herodoto y de Tucídides, de Esquilo y de Sófocles, de Apeles y de Fidias, en tanto que Roma habla de su antiguo imperio sobre el mundo entonces conocido y de que gobierna todavía en muchos países por su lengua, su espíritu, su religión, su moral y sus leyes. Por último, los más pequeños Estados creen tener al menos una superioridad, y con sinceridad hartó cándida, por ejemplo, los Suizos, en sus fiestas nacionales celebran sus virtudes, y hasta el pueblo errante de los Judíos, llevando su patria en la suela de los zapatos, se proclama el «Elegido de Dios».

Para dar más cuerpo á sus reivindicaciones de superioridad, los patriotas de cada nación se complacen en apoyarse sobre una fracción más extensa de la humanidad, á la cual aplican, ciertamente sin razón, el nombre de «raza», de una significación muy elástica. Á los pueblos mediterráneos que participaron de la antigua civilización romana se les llama «Latinos», como si las lenguas que hablan, italiano, español, portugués, francés, rumano y romanche les constituyeran una especie de descendencia moral respecto de los antiguos habitantes del Lacio; hasta suelen añadirse los Helenos de Europa, de las islas y del Asia Menor á esa pretendida raza de los Latinos, y se les da como clientela natural las tierras del África Menor ó Mau-

ritania, cuyos residentes bereberes son hartó poco numerosos para que se les conceda el derecho de formar una raza aparte.

Además los Latinos se atribuyen también la mitad del Nuevo Mundo, es decir, todas las poblaciones de origen muy mezclado, blanco, rojo y negro, que hablan el francés, el español ó el portugués, en las Antillas, Méjico, América Central y todo el continente colombiano al sud de Panamá.

Aparte del mundo latino, los que lucharon más enérgicamente contra el poder de Roma y que acabaron por derribarlo, se consideran como formando una segunda raza, á la que unen al Norte, como sub-raza, los Escandinavos de Dinamarca, de Suecia, de Noruega y de Islandia. Además los Germanos reivindicán como pertenecientes á su raza todos aquellos que en las islas Británicas, en los Estados Unidos y en la Potencia del Canadá han tomado el nombre de «Anglo-Sajones» y pretenden también constituir por sí solos la raza directora del mundo.

Los Eslavos de la Europa oriental, desbordándose al Oeste sobre Alemania, al Sudoeste sobre Austria-Hungría y Balkania, al Sudeste sobre las regiones caucásicas y al Este sobre los inmensos territorios del Asia, abarcan también bajo el nombre de raza eslava muchos pueblos sometidos. Finalmente, las naciones dominadoras del mundo de cultura de tipo europeo se dignan consentir en ceder un puesto á su lado, bajo el nombre de «raza amarilla», á los quinientos millones de Chinos, de Indo-Chinos y de Mongoles.

En cuanto á los Japoneses, los clasificadores se hallan indecisos: ¿se les colocará entre los «amarillos», á los cuales pertenecen por el origen, el color, la lengua y las tradiciones, ó se les unirá á los Anglo-Sajones con los cuales están estrechamente aliados en concepto político y cuyas costumbres tratan de copiar? ¿Y con qué nombre designarán los trescientos millones de peninsulares hindus ó dravidianos? Ordinariamente hay tendencia á no ver en ellos más que una simple dependencia de la «raza» anglo-sajona que les gobierna.

Desde la última mitad del siglo XIX, gran número de «Latinos», considerados como personajes representativos, se abandonan á cierto

desaliento y parecen admitir como una especie de axioma que «el alma latina está vacía», que el genio de la raza está definitivamente agotado. Tales necesidades sólo pueden explicarse por la vanidad herida. Los triunfos rápidos y decisivos del ejército alemán en la guerra de 1870, la superioridad incontestable de tales ó cuales Alemanes, Ingleses, Americanos ó Rusos en diversos ramos de la cien-

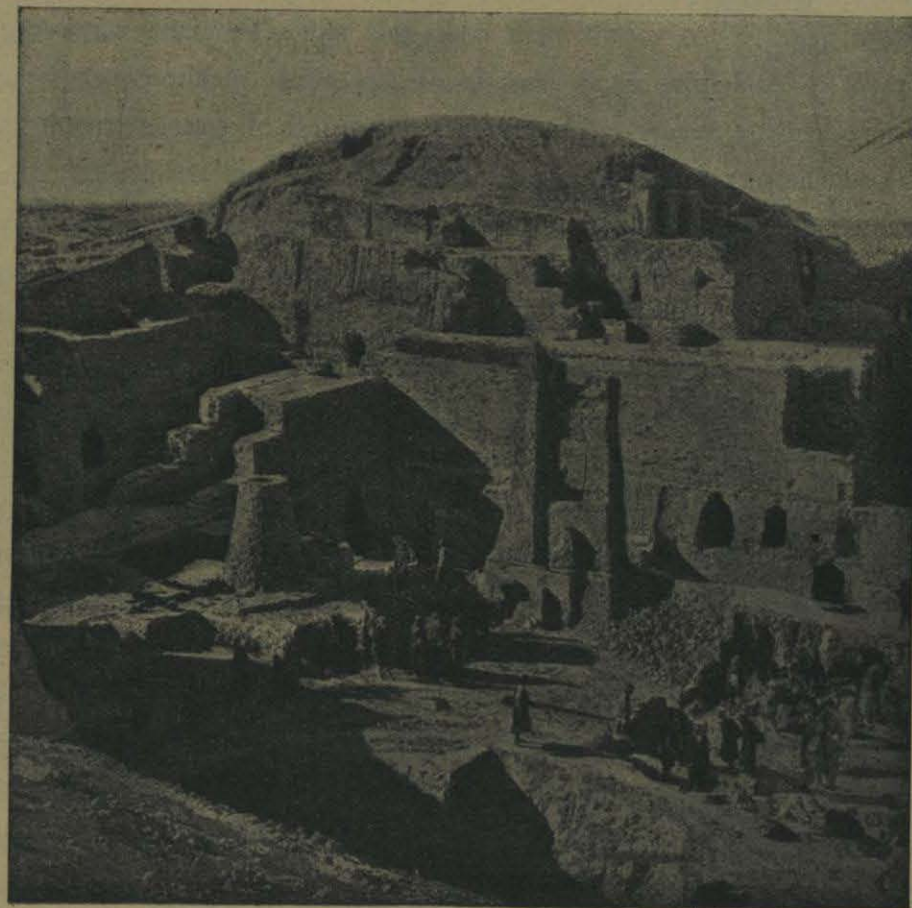


LA CIUDADELA DEL CAIRO

Cl. J. Kuhn, edit.

cia ó del arte, la furia de aplicaciones industriales por cuyo medio los Estados Unidos se han colocado en primer término, constituyen tantas pruebas brillantes de la extensión de los progresos materiales é intelectuales en el mundo, que los Latinos no pueden evidentemente reivindicar la hegemonía: se sienten distanciados, y por despecho se creen ya muertos. Son risibles todas esas letanías y oraciones fúnebres pronunciadas sobre su difunta raza por los mismos Latinos y repetidas en coro por Anglo-Sajones y Germanos. Felizmente ese duelo se aplica á pueblos vivos y bien vivos: la historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

Á excepción de dos puntos estratégicos, Gibraltar y Malta, la parte occidental de este mar interior es bien latina, pero las costas orientales son muy disputadas, y la mayoría de poblaciones que por esa parte pertenecen á la vertiente mediterránea, permanecen aún fuera del círculo de las anexiones europeas, si no en concepto político — porque Egipto ha venido á ser dependencia directa de la Gran



EXCAVACIÓN DE UN TEMPLO EN NIPPUR

Cl. del Globus.

Bretaña —, al menos en cuanto á las costumbres, á las lenguas y á la conciencia étnica. Aquellas admirables comarcas, teatro de nuestra primera civilización histórica, han sido de tal modo pisoteadas, gastadas, arrasadas, puede decirse, por los conquistadores sucesivos, que á duras penas han podido reflorar. Los restos de las grandes naciones que allí se sucedieron, Armenios y Heteos, Elamitas y Caldeos, descendientes de los pueblos del Asia Menor, Frigios y Licios, Fenicios de Siria, Egipcios del Nilo y gentes de la Cirenaica, se han

visto forzados á prosternarse ante tantos amos, que han llegado á perder toda energía: ni siquiera conciben ya que, como sus antepasados, les sea posible vivir en independencia política: cambiar de dominadores, adquirir algunos privilegios, obtener tolerancia para sus cultos respectivos, á eso se limita su ambición colectiva. Toda iniciativa ha desaparecido; á esos indígenas no les queda más que la ductilidad, la plasticidad, la astucia para acomodarse á su condición servil, á lo menos para conseguir algún beneficio material. Desde los principios de la historia, en los países mediterráneos del Oriente existe, relativamente á ciertos aspectos, un gran retroceso: la población ha disminuído y la superficie completamente desierta se ha aumentado. Las arenas en muchos puntos llegan hasta las orillas del Eufrates, y los Beduinos nómadas recorren hoy lo que antes fué la fecunda campiña de los Caldeos.

Sobre una gran parte del territorio de la antigua Siria, la población se ha concentrado sobre las dos vertientes de los montes del litoral, especialmente hacia las dos metrópolis actuales, de una parte Beirout, de la otra Damasco. Aunque dependientes del Gran Señor, gran parte de los habitantes de la comarca han conservado las prácticas religiosas de los tiempos de la dominación bizantina. Los cultos y las sectas, con sus ritos y sus tradiciones hereditarias, son las causas determinantes de la división de los hombres en sociedades y en naciones diversas, y esto, no sólo porque las religiones orientan especialmente la vida, sino porque corresponden á una instrucción y á una educación particulares: modifican la voluntad, las costumbres y hasta el tipo del rostro y del cuerpo.

Entre Musulmanes, Metualis, Drusos, Maronitas, Griegos unidos, Griegos ortodoxos, Sirios y Armenios, que en su mayor parte proceden del mismo fondo étnico y de los mismos cruzamientos de raza, las diferencias se han hecho profundas y manifiestas en las fisonomías, la expresión, las actitudes, en todo el «ritmo visible de la vida», porque las «grandes características del individuo proceden de nuestras ideas dominantes»¹. Las sociedades son «organismos que las ideas dominantes modifican según un tipo particular». La

¹ André Chevrillon, *En Syrie*, «Société Normande de Géographie», Enero-Febrero de 1898, p. 33.

faz cambia al mismo tiempo que las ideas; sobre el fondo nacional se planta una nueva marca, la del carácter profesional, al cual se sobrepone el tipo moral, el de la idea.

Entre los diversos Sirios, el cristiano no tiene la superioridad moral. Separado de las funciones nobles y respetadas, despreciado, rechazado, tenido por inferior por su mismo nacimiento, obligado á ingeniarse para defenderse, á vivir de artificios y de astucias, reducido á las resignaciones pacientes, á las solicitudes prolongadas, el cristiano de Oriente se ha hecho á la vez humilde, obsequioso é inteligente, pero de una inteligencia que no crea ni inventa y á la que faltan las ideas generales. Carece de voluntad, de iniciativa, de pensamiento original y personal¹.

La pequeña Palestina, con la estrecha cuenca cerrada del Jordán, es también un campo de religiones diversas, que representan otras tantas patrias diferentes. Los musulmanes, los que profesan el culto del sultán, son los más numerosos, pero acogen con tolerancia á cristianos y judíos. Los primeros forman tantos ejércitos enemigos como ritos diferentes existen: católicos romanos, ortodoxos griegos, protestantes de denominaciones diversas tienen iglesias, capillas, conventos, hospitales, cuyos intereses distintos son muy enérgicamente defendidos; frecuentemente han estallado escaramuzas que hubieran tomado proporciones de verdaderas batallas si los soldados musulmanes no hubieran intervenido caritativamente. Cada uno de esos cristianos se cree con derecho especial á poseer el lugar santo donde sus propios pecados han sido expiados por la muerte de un Dios, y considera como un ultraje que otros puedan tener una pretensión igual á la suya.



Cl. P. Sellier.

MENDIGA JUDÍA EN JERUSALÉN

¹ André Chevrillon, *En Syrie*, «Société Normande de Géographie», Enero-Febrero de 1898, p. 35.

En cuanto á los Judíos, ¿no están en su propio país, en el terreno que el mismo Jehovah dió á sus antepasados? Musulmanes y cristianos son por ellos considerados como intrusos en aquella tierra de promisión, y sin embargo, aun siendo descendientes de los más antiguos inmigrantes, necesitan pedir humildemente un acceso que no siempre se les concede. Los Judíos son actualmente en número de sesenta mil, ó sea como uno sobre diez habitantes, en los límites de la Palestina, y sobre esos sesenta mil individuos, cerca de la mitad se compone de mendigos y parásitos sostenidos por la caridad de los ricos banqueros de Occidente. La gloria de Israel no resplandece en la Jerusalén actual; sin embargo, el «pueblo elegido» espera confiadamente reconstruir un día su templo sobre la montaña de Sión. Sobre los diez millones de Judíos esparcidos en el mundo, hay unos doscientos mil, «los Sionistas», que se han ligado en una sociedad que espera contra toda esperanza que les será devuelta la tierra de los abuelos á pesar del sultán, de los mahometanos y de los cristianos, y aun de la inmensa mayoría de sus correligionarios indiferentes; pero la pequeña Palestina, cuyo suelo alimenta escasamente en el día 340,000 habitantes, ¿cómo podrá recibir la multitud de los Judíos que vuelvan del tercero y tan largo cautiverio? ¡Entonces intervendrá el milagro para que afluyan hacia Jerusalén, la nueva Londres, todas las riquezas del mundo entero!

Ya el país limítrofe de la Judea, Egipto, sólo pertenece á un dueño musulmán. Sabido es que en la repartición de Africa — casi enteramente terminada en nuestros días, puesto que Abisinia y Marruecos son los únicos trozos no repartidos todavía, la Gran Bretaña se ha adjudicado las tierras del Nilo, las más deseables del mundo por su maravillosa fertilidad y por su posición en el centro mismo del grupo de los antiguos continentes, en el paso de Europa á las Indias.

Hasta se dice que Inglaterra considera como suya la bahía de Bomba, directamente al sud de Creta, habiéndose asegurado así de antemano la posesión de todo el litoral que se extiende á 1,000 kilómetros al oeste de Alejandría; del mismo modo que los antiguos Ptolomeos y otros dominadores de Egipto, se inclina fácilmente á considerar la Cirenaica como una dependencia natural de la tierra del Nilo, y aunque Italia estableciera, como desea, sus colonias en el

país de Barka, Inglaterra habrá tomado al menos su ventaja de intervención y de vigilancia naval. El interés de ese Estado es evidente: el establecimiento de un ferrocarril entre un puerto de la Cirenaica y Suez permitiría reducir en veinticuatro horas lo menos el trayecto de Londres á Bombay por Marsella, Alejandría y Port-Said; por un paquebot rápido, la travesía del Mediterráneo, de Bran-

N.º 494. Mediterráneo inglés.



La bahía de Bomba es la que penetra por el Este en el país de Barka.

disi á Bomba, no emplearía más que una treintena de horas. La posesión de Chipre, en el golfo que baña á la vez las costas de Cilicia y las de Siria, á la vista del Taurus y del Líbano, contribuye también poderosamente á dar á los Ingleses una posición preponderante en el Mediterráneo oriental.

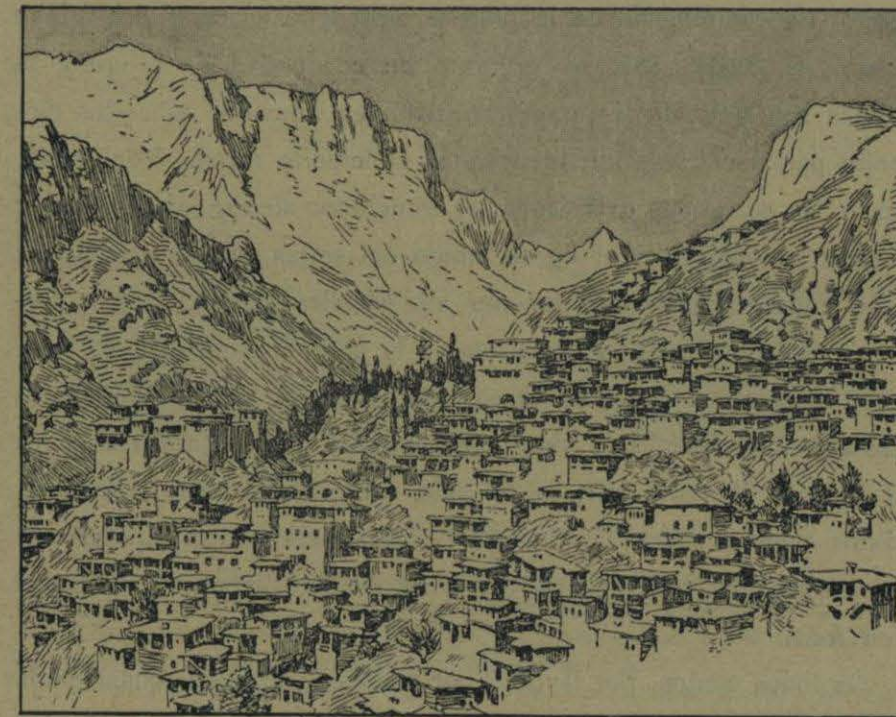
Pero aunque Chipre y Egipto hayan sido arrancados al imperio del Jefe de los Creyentes, este imperio existe aún, y la misma rivalidad de las potencias le promete una duración larga. En realidad Turquía, con sus dependencias de Europa, de Asia y de Africa, no se pertenece á sí misma; es la cosa de lo que se llama

el «concierto europeo», es decir, Inglaterra en su «espléndido aislamiento» y los dos grupos de Estados, Triplice y Duplice. Si el sultán es el amo temible es porque se le permite serlo, y verdaderamente los gobiernos de Europa son muy amplios en sus autorizaciones: le dan poder para oprimir á sus súbditos de toda raza, de toda lengua, de toda religión; puede imponer á capricho los impuestos y embolsarse su producto, hasta puede usar ilimitadamente del derecho de vida y muerte que pertenece á los soberanos absolutos.

Las matanzas de Armenia, demasiado sabiamente organizadas para que se viera en ellas el resultado de levantamientos populares y de guerra entre razas, fueron quizá, de todas las abominaciones modernas, las que representan el mayor cúmulo de crímenes. En la misma Constantinopla, la matanza del 26 al 29 de Agosto de 1896 se hizo con un método que atestigua la fría voluntad del ordenador de los asesinatos. La víspera se marcaron con yeso las casas de los Armenios destinados á la muerte, y aquellos desgraciados, vigilados por todas partes, no podían huir y habían de resignarse pacientemente á lo inevitable. Luego, al amanecer, los matarifes y gentes de oficios sangrientos, diestros en descuartizar animales, comenzaban su tarea, y procedían rápidamente, sin tumulto, sin gritos, al sacrificio de sus víctimas: casi en todas partes la operación se hacía en pleno día, sobre el umbral de la puerta que había de quedar manchada de sangre en signo de la ira imperial. Así perecieron miles de hombres en la fuerza de la edad. ¿Cuántos exactamente? Las relaciones oficiales quedarán indudablemente desconocidas mucho tiempo; las evaluaciones aproximadas hablan de siete mil cadáveres. En cuanto á los que de 1894 á 1896, y todavía en 1900, perecieron bajo los golpes de los Kurdos en las provincias de Van, Erzerum, Mamuret-el-Azis, Bitlis, Sivas, Diarbekir y Halep, las cifras de apreciación varían de 300 á 500,000, y una emigración continua, sobre todo hacia la Transcaucasia, ha reducido aún á algunas centenas de mil verosímelmente el número de los Armenios de aquellas provincias, que antes de las matanzas llegaba á un millón, según unos, y dos millones, según otros¹, cre-

¹ Consúltese Pierre Quillard, *Pour l'Arménie, Cahiers de Quinzaine*, Junio 1902.

yéndose generalmente que los Armenios no constituían la mayoría más que en distritos limitados, como alrededor de Zeitun, Much, Van, etc. En la relación de los horrores de aquel tiempo, ha de hacerse mención especial de los habitantes de Zeitun, quienes, viendo el aspecto de las cosas, organizaron la defensa de sus montañas, hicieron prisionera la guarnición (28 de Octubre de 1895), y resistieron á un ejército turco hasta que los cónsules europeos negociaron



Cl. del *Daily Graphic*.

ZEITUN, EN EL TAURUS

una rendición (30 de Enero de 1896). Esta solución «salvaba la faz» del sultán y protegía los Armenios contra toda grave molestia ulterior. Los Zeituniotas habían conquistado el derecho á la existencia.

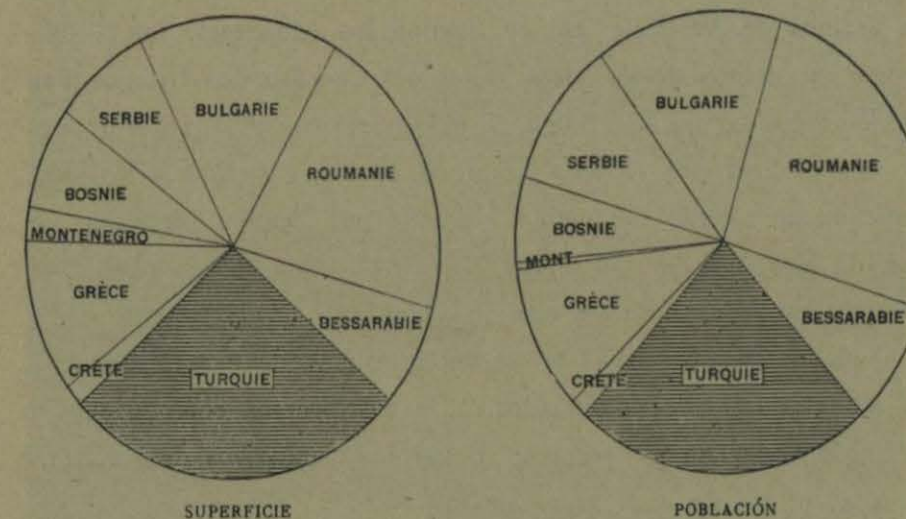
Á primera vista parece imposible explicarse que semejantes actos hayan sido tolerados por las potencias europeas, porque se exige á lo menos cierto decoro en la conducta de los amos; pero es tradicional en esta materia que los soberanos tengan las manos libres, y además los gobernantes, teniendo todos sobre su conciencia algún hecho análogo, se sienten más ó menos solidarios hasta en el crimen, y por espíritu de cuerpo tratan de hacer el silencio, de encu-

brir el atentado que hubieran debido evitar. Por otra parte, es posible que en este asunto de los Armenios haya habido también cierta complicidad tácita. Sin hablar de esos supuestos hombres de Estado, de esos viles diplomáticos que ponen su honor en recibir decoraciones y títulos de la mano sanguinaria, ¿no tendría Rusia algún interés en ver desembarazada su frontera transcaucásica de un pueblo de tendencias independientes, casi republicanas, asociado por muchos de sus jóvenes á los grupos temibles de los estudiantes rusos? La complicidad de la política moscovita es tanto más grave cuanto que hasta 1882, so pretexto de comunidad de religión, la práctica constante de los czares consistió en apoyarse sobre los Armenios para facilitarse inteligencias en el imperio turco. Por último, uno de los soberanos de Europa, el emperador alemán, afectó á pesar de todo y siempre ser el «gran amigo del sultán», cuyo ejército ha hecho encuadrar y maniobrar por los oficiales de sus propias tropas. Cualquiera que sea la razón de la actitud protectora de Alemania respecto al gobierno turco, los beneficios materiales debidos á esta benevolencia han sido considerables. La futura vía férrea del Bósforo al golfo Pérsico ha sido concedida á unos Alemanes, y éstos cuentan sobre el apoyo del sultán para entrar rápidamente en posesión del instrumental del comercio del imperio en Europa y en Asia.

De todos modos, por favor ó por amenaza, Turquía, considerada como potencia europea, se halla completamente á merced de los capitalistas que dirigen su hacienda y disponen indirectamente de los ejércitos y de las flotas de Europa. El «Sultán Rojo» no tiene más remedio que inclinarse cuando los embajadores extranjeros vienen á traerle sus órdenes. Inglaterra marca á su antojo los límites del país situado detrás de Adén sin que el gobierno turco tenga nada que replicar; Rusia expide libremente por los Dardanelos sus barcos de guerra más ó menos disfrazados en vapores de placer; Francia, cuidadosa siempre de los intereses de capitalistas y negociantes averiados, toma tranquilamente una isla en prenda, sin que se haga la menor tentativa para disputársele. Por fin Austria confisca en su beneficio dos provincias en parte mahometanas, mientras que otras provincias conquistan su independencia. Durante el último

siglo, el territorio y la población de Turquía de Europa han disminuido cerca de tres cuartas partes ¹.

No ya á un «hombre enfermo», sino á un amputado de brazos y piernas debería compararse lo que resta del imperio de Souleiman el Magnífico. De ese modo, hallándose Turquía bajo la dependencia cada día más estrecha de los capitalistas europeos, es de presumir que éstos continuarán distribuyendo el país á sus protegidos reales,



Disminución de Turquía desde 1812 á 1905

Disminución de Turquía desde 1812: Besarabia, 44,572 kilómetros cuadrados; Grecia, 65,036; Rumanía, 131,020; Servia, 48,303; Montenegro, 9,438; Bulgaria-Rumelia, 96,660; Bosnia-Herzegovina, 51,018; Creta, 8,660; total, 454,707 kilómetros cuadrados; resta 169,910 kilómetros cuadrados; disminución proporcional, 72,8 por 100.

Los distritos que obedecían al Sultán en 1812 están actualmente ocupados por más de 25 millones de habitantes, de los cuales 6.130,200 solamente han quedado bajo el dominio de la Puerta: disminución proporcional, 75,8 por 100."

como lo han hecho ya respecto de Rumanía, de Servia, de Bulgaria, de Bosnia-Herzegovina, de la isla de Samos y de Creta.

Sin embargo, los recursos de toda clase en hombres, en tierras y en productos variados que posee Turquía en Europa y en el Asia anterior, en los límites que se le han querido dejar por cierto tiempo, son todavía de gran valor. En primer lugar el pueblo turco, en Europa, es aquel cuyos individuos son los más fuertes y los más sanos; si no es el más inteligente, si hasta es el menos flexible

¹ Véase el mapa n.º 464, p. 283.

á la adaptación, es al menos el más honrado y el más sincero, lo mismo que el más sobrio y el que usa menos bebidas excitantes. Ciertamente también los Albaneses y los Lazes, los Kurdos, los Árabes y tantos otros pueblos encerrados en los límites de lo que se llama Turquía, tienen una grande vitalidad nacional y constituirían admirables elementos de progreso en un país libre; pero sus fuerzas se emplean en dañarse los unos á los otros; y del mismo modo que en Asia las pasiones de los Kurdos han sido suscitadas contra sus vecinos de Armenia, así en Europa los Albaneses, los Tcherkesses expulsados de los altos valles del Cáucaso, los Griegos han sido lanzados contra los Búlgaros y los Servios; el equilibrio político se conserva por el odio recíproco de los sometidos. No solamente existe el odio de pueblo á pueblo por simples diferencias de raza, de lengua y de tradiciones, sino que en un mismo pueblo se detestan recíprocamente de clase á clase porque el gobierno turco ha confiado todas las bajas tareas de opresión y de exacción á sujetos escogidos entre los vencidos. De sus propios compatriotas ó correligionarios han de quejarse en sus infortunios los desgraciados de cada culto ó de cada nacionalidad.

Ha de notarse que en el Oriente turco, la administración se ocupa muy poco de las subdivisiones territoriales; los indígenas dependen de tal ó cual autoridad, no en virtud del lugar que habitan, sino de la religión que profesan; habitantes cuyas casas están contiguas se hallan sujetos á diferentes impuestos y regidos por leyes diferentes, porque su dios — ó el ceremonial de adoración del mismo dios — no es el mismo. Esa concepción del gobierno, que haría honor á la tolerancia de los Túrcos, si no fuera acompañada de otras prácticas menos laudables, explica cómo entre los habitantes del imperio no hubo jamás conciencia común; siempre se sintieron desunidos, arrastrados por intereses hostiles, animados de ambiciones diferentes. La unidad artificial que se les dió durante los períodos de expansión y de conquista provino únicamente de la solidez de los ejércitos, es decir, del régimen del terror; mas en cuanto ese lazo de la fuerza llegó á relajarse y aun á soltarse completamente, los pueblos, enemigos ante todo por la voluntad gubernamental, se hallaron unos junto á otros como fieras encerradas en una jaula co-

mún. Poco á poco, al levantamiento concertado contra los opresores Osmanlis, ha reemplazado una lucha que casi deja en paz á los Turcos y de la que el espectador no iniciado no puede comprender nada: Griegos, Búlgaros, Koutzo-Válacos, Servios, Montenegrinos, hasta facciones rivales de idéntica nacionalidad se matan entre sí con el beneplácito del gobierno de Stambul y de las cinco poten-



MONASTERIO DE RILA EN MACEDONIA

Cl. de la *Vie Illustrée*.

cias. Actualmente, pues, los odios, las ambiciones rivales, las supervivencias y supersticiones monárquicas son demasiado tenaces para que pueda esperarse la única solución verdaderamente normal, que sería la libre federación de todas las poblaciones de la Europa sud-oriental en un conjunto de grupos iguales en derechos, de municipios autónomos, formando unidad únicamente por los intereses comunes y la resistencia á las agresiones del exterior. Ese sería el único medio de evitar el crimen que se prepara después de tantos otros, la expulsión de todos los Turcos de sus antiguas conquistas de Europa. Hasta nuestros días toda constitución de un Estado cristiano en la Balkania tuvo por consecuencia práctica la expulsión